

Arte y Socialismo

William Morris *

Arte y Socialismo

Amigos míos, quiero que consideréis la relación existente entre el arte y el comercio, utilizando esta última palabra para expresar lo que corrientemente indica, es decir, ese sistema de competencia en el mercado que es, en verdad, la única forma que la mayoría de la gente, en la actualidad, considera pueda tomar el comercio

Claro que así como ha habido épocas en la historia del mundo en que el arte mantenía su supremacía sobre el comercio, en que el arte era mucho y el comercio, tal como nosotros entendemos la palabra, era muy poco, ahora, por el contrario, todos aceptaremos, imagino, que el comercio se ha convertido en algo de una importancia enorme, y el arte en algo de muy poca importancia. Digo que, en general, se aceptará esa idea, aunque personas diferentes mantengan opiniones diferentes no solo respecto a la bondad o maldad de ello, sino incluso respecto al significado de decir que el comercio se haya convertido en algo de importancia suprema y el arte se haya hundido hasta convertirse en asunto sin importancia

Permitidme que os dé mi opinión sobre lo que esto significa, lo cual me llevará a pedir os que consideréis qué remedios deberán

ser aplicados para curar los males que existen en las relaciones entre arte y comercio

Os voy a hablar con toda franqueza. Me parece que la supremacía del comercio (según entendemos esa palabra) es un mal, y un mal muy grave: y diría que es un mal sin mezcla alguna de bien, a no ser por esa extraña continuidad de la vida que fluye por todos los acontecimientos históricos y por cuyo medio hasta los mismos males de ciertos periodos tienden a abolirse por sí mismos,

Porque, en mi opinión, lo que quiere decir es esto: el mundo de la civilización moderna en su carrera para ganar una prosperidad material muy desigualmente repartida, ha suprimido enteramente el arte popular; o, en otras palabras, la mayor parte de la población no tiene ninguna participación en el arte, que, tal como están las cosas, debe ser conservado en las manos de unos pocos ricos o acomodados que, podemos decir honradamente, lo necesitan menos, y no más, que los esforzados trabajadores.

Pero no es ese todo el mal ni la parte peor de él, porque la causa de esta hambre de arte es que, si bien la gente trabaja en todo el mundo civilizado con el mismo ardor con que siempre lo hizo, ha perdido —al perder un arte que estaba hecho por y para el pueblo— el solaz natural de su trabajo, un solaz que en otro tiempo tuvieron y que siempre debieron haber tenido, la oportunidad de expresar a sus semejantes su propio pensamiento mediante ese mismo esfuerzo, mediante ese trabajo diario que la naturaleza o la costumbre inveterada —una segunda naturaleza— de hecho les exige, pero sin que signifique una carga repulsiva y sin recompensa

Sin embargo, debido a una extraña ceguera y a un extraño error de la civilización de los últimos tiempos, casi todo el trabajo, ese trabajo del cual alguna parte debiera haber sido compañero servicial de todos los hombres, ha llegado a convertirse en una

carga tal que todos los hombres, si pudieran, se liberarían de ella. He dicho que la gente trabaja no menos laboriosamente que lo hizo en el pasado; pero creo que debiera haber dicho que trabajan más laboriosamente aun.

Esas máquinas maravillosas que en manos de hombres justos y previsores habrían sido utilizadas para aminorar el trabajo repulsivo y para conceder placer —o, en otras palabras, incremento de vida— a la raza humana, han sido usadas, por el contrario, de tal modo que han llevado a los hombres a una precipitación frenética y a la prisa, y con ello han destruido todo placer, es decir, toda vida, por todas partes; en vez de aligerar el esfuerzo de los trabajadores lo han intensificado, y con ello han añadido más cansancio aun a la carga que los pobres deben soportar.

Y no se puede argüir en defensa del sistema de la civilización moderna que sus solas ganancias materiales o corporales equilibran la pérdida de placer que ella ha traído al mundo; porque, como antes sugerí, esas ganancias han sido divididas tan injustamente que el contraste entre ricos y pobres se ha visto enormemente intensificado, de modo que en todos los países civilizados, pero sobre todo en Inglaterra, se exhibe el terrible espectáculo de dos pueblos que viven en calles vecinas, en puertas vecinas, pueblos de la misma sangre, de la misma lengua y que viven, al menos teóricamente, bajo las mismas leyes y sin embargo, el uno es civilizado y el otro es incivilizado

Todo esto, digo, es resultado del sistema que ha estrangulado el arte y exaltado el comercio hasta convertirlo en una religión sagrada; y parecería que está dispuesto, con esa terrible estupidez que es su característica primordial, a burlarse del noble consejo de aquel satírico romano, cambiándole el sentido, y así ahora se nos pide que, en nombre de la vida, destruyamos la razón de vivir

Y ahora, frente a esa estúpida tiranía, presento mi reivindicación en nombre del trabajo esclavizado por el comercio, reivindicación que sé que ninguna persona con dos dedos de frente podrán tachar de irracional; pero que si se llevara a cabo implicaría un cambio tal que derrocaría el comercio, es decir, que establecería la asociación en lugar de la competencia, el orden social en vez de la anarquía individualista.

A pesar de todo, he considerado esta reivindicación a la luz de la historia y de mi propia conciencia y me parece que, considerada de ese modo, es una reivindicación muy justa y que resistirse a ella quiere decir, ni más ni menos, negar toda esperanza a la civilización. Esta es, pues, mi reivindicación: Es justo y necesario que todo hombre trabaje en algo que valga la pena, que sea agradable de hacer por sí mismo y que se realice bajo unas condiciones que no lo hagan ni excesivamente fastidioso ni excesivamente angustioso.

Por más vueltas que le dé a esa reivindicación, por más que piense en ella, no puedo encontrar que sea una petición descabellada; sin embargo, repito que si la sociedad la admitiera (o pudiera admitirla) la faz del mundo cambiaría; el descontento, la lucha y la deshonestidad terminarían. ¡Sentir que estamos realizando un trabajo útil para los demás y agradable para nosotros, y que ese trabajo y su debida recompensa nunca nos faltaran! ¿Qué grave perjuicio podría ocurrirnos en tales circunstancias? Y el precio que deberíamos pagar para dar al mundo esa felicidad sería la revolución: socialismo en vez de *laissez faire*.

¿Cómo podemos nosotros, las clases medias, ayudar a que se realice ese estado de cosas, esa situación que sería, en la mayor medida posible, lo contrario del estado de cosas actual? Lo contrario, ni más ni menos. Porque, en primer lugar, el trabajo debe valer la pena: ¡Pensad en el cambio que ello implicaría en el mundo! Os digo que me siento aterrado al pensar en la in-

mensidad del trabajo que se lleva a cabo con el único objetivo de hacer cosas inútiles.

Para cualquiera de nosotros lo bastante fuerte para pasear por dos o tres calles principales de Londres, sería un día de trabajo instructivo anotar con detalle todo lo que se exhibe en los escaparates que resulta embarazoso o superfluo en la vida diaria de un hombre sensato. Más aun, la mayoría de esas cosas no hay nadie que las quiera en absoluto, sensato o insensato; tan solo una estúpida costumbre hace que hasta aquellos de mente más ligera supongan que las quieren, e incluso para muchos que las compran se convierten en auténticos estorbos para el trabajo, para el pensamiento y para el placer. Pero os ruego que penséis en la enorme cantidad de hombres que se ocupan de esos miserables cachivaches, desde los ingenieros que han tenido que hacer las máquinas para elaborarlos, hasta los míseros escribientes que pasan el día sentados, año tras año, en las horribles cuevas en que se lleva a cabo todo el intercambio, y los vendedores que los venden al por menor entre un sinfín de insultos que deberán escuchar sin ofenderse; y el público ocioso que no los quiere, pero que los compra para aburrirse y hartarse totalmente de ellos.

Estoy hablando de las cosas meramente inútiles; pero hay otros objetos que no sólo son totalmente inútiles, sino que son activamente destructivos y venenosos y obtienen buen precio en el mercado; por ejemplo, la comida y bebida adulteradas. Es ingente el número de esclavos que el comercio competitivo emplea para producir ruindades semejantes. Pero también a gran distancia de ello existe una enorme masa de trabajo que se desperdicia, simple y llanamente; muchos miles de hombres y de mujeres que no hacen nada, con esfuerzo terrible e inhumano que aniquila sus almas y acorta su misma vida animal

Todos estos son esclavos de lo que se llama el lujo, que en el sentido moderno de la palabra comprende una masa de riqueza falsa, invento del comercio competitivo y que esclaviza no solo

a los pobres que están obligados a trabajar en su producción, sino también a los desventurados y bastante infelices que las compran para atormentarse con su estorbo.

Ahora bien, si queremos que exista el arte popular o simplemente el arte del tipo que sea, debemos liberarnos de una vez por todas de esos lujos; son los sustitutos, los falsarios del arte; y tanto es así que los que no conocen nada mejor han llegado a considerarlo arte, solaz divino del trabajo humano, emoción en la dura práctica diaria del difícil arte de vivir.

Pero digo que el arte no puede vivir en esta situación ni en ella puede haber estimación propia. El afeminamiento y la brutalidad son sus compañeros, a ambos lados. Y somos ante todo nosotros, las clases acomodadas, quienes debemos librarnos de todo ello si deseamos seriamente ese nuevo nacimiento del arte; y si no, entonces la corrupción está excavando ya una terrible fosa de perdición para la sociedad, de la cual podrá, ciertamente surgir tal vez ese nuevo nacimiento, pero con toda certeza lo hará entre el terror, la violencia y la miseria.

En realidad, ya sería algo que valdría la pena con tal de que nos desembarazara, a la gente acomodada, de esta montaña de escombros, de las cosas que todos sabemos que no tienen ninguna utilidad; los mismos capitalistas saben bien que no existe una demanda genuina y sana de ellas, y están obligados a ponerlas a hurtadillas en manos del público, avivando un deseo febril de excitación barata, cuya muestra externa se conoce con el nombre convencional de moda, un monstruo extraño nacido en la vacuidad de la vida de los ricos y de la ambición del comercio competitivo por sacar el mayor partido posible de la gran masa de trabajadores a los que adiestra, como meros instrumentos, para lo que se llamara "hacer dinero".

No creáis que es poca cosa resistir a ese monstruo de locura; pensar por vuestra propia cuenta en lo que realmente deseáis, no solo os convertirá en hombres y mujeres, sino que también

os puede llevar a pensar en los deseos auténticos de los demás, puesto que pronto encontrareis, cuando lleguéis a conocer una obra de arte, que el trabajo de esclavos es indeseable

Y aquí, además, se encuentra al menos un pequeño signo por el cual podemos distinguir entre un pingajo de la moda y una obra de arte: mientras que los juguetes de la moda, al perder el brillo, pierden en realidad todo valor, incluso para los frívolos, una obra de arte, por humilde que sea, siempre permanece; nunca nos cansamos de ella; mientras quede un fragmento, será valiosa e instructiva para cada nueva generación. Todas las obras de arte, en resumen, tienen la propiedad de hacerse venerables en medio de ruinas; y es razonable que así sea, porque desde el principio existió en ellas un alma, el pensamiento del hombre, que se hace visible mientras existe el cuerpo en el que fue injertada.

Y esta última frase me lleva a considerar el otro aspecto de la necesidad de que el trabajo se ocupe solamente de hacer objetos que valga la pena hacer. Hasta ahora hemos estado pensando en ello solamente desde el punto de vista del usuario; claro que, incluso considerado de ese modo, ya tenía bastante importancia; sin embargo, desde el otro punto de vista, desde el del productor, tiene aún mayor importancia.

Porque repito que, al comprar estas cosas, ¡son vidas humanas lo que compráis! ¿Seréis participes, debido tan solo a la locura e irreflexión, del crimen que cometen quienes obligan a sus hermanos a trabajar inútilmente? Porque cuando dije que era necesario que todas las cosas que se fabricaran valieran la pena, planteé esa reivindicación principalmente en nombre del trabajo, puesto que el despilfarro de hacer objetos inútiles aflige doblemente al trabajador. Como parte del público, se ve forzado a comprarlos, y la mayor parte de su mísero jornal es absorbida por una especie de sistema universal de trueque; como productor, esta forzado a hacerlo; y, así a perder el mismo fundamento de ese placer en el trabajo diario que es su derecho de

nacimiento; está obligado a trabajar sin alegría fabricando el veneno que el sistema de trueque le obliga a comprar. Así que ese ingente número de hombres que se ven obligados por la locura y por la avaricia a fabricar cosas dañinas e inútiles, es sacrificado a la sociedad.

Mantengo que esto sería terrible e insoportable, aunque se sacrificara por el bien de la sociedad, si fuera posible; pero si se sacrifican, no por el bienestar de la sociedad, sino por su capricho, para aumentar su degradación, ¿qué aspecto tendrán entonces el lujo y la moda? Por una parte, despilfarro ruinoso y agotador que nos lleva de corrupción en corrupción hasta terminar en un cinismo completo y en la desintegración de toda sociedad; por otra parte, opresión implacable que destruye todo placer y toda esperanza de vida y que lleva.... ¿hacia dónde?

He aquí, pues, una tarea para nosotros, las clases medias, antes de poder alisar el terreno para el nuevo nacimiento del arte, antes de poder limpiar nuestras propias conciencias de la culpa de esclavizar a los hombres mediante el trabajo. Algo es; y, si pudiéramos hacerlo, tal vez eso solo sería suficiente y de ahí se derivarían todos los otros cambios saludables; pero, ¿podemos hacerlo? ¿Podemos escapar de la corrupción de esta sociedad que nos amenaza? ¿Podemos nosotros, las clases medias, regenerarnos a nosotros mismos?

A primera vista se diría que un conjunto humano tan poderoso que ha levantado ese edificio gigantesco del comercio moderno, cuya ciencia, inventiva y energía ha subyugado las fuerzas de la naturaleza para hacerlas servir a sus propósitos cotidianos, y que guía la organización que mantiene subyugados esos poderes naturales de un modo casi milagroso; a primera vista se diría, sin miedo a equivocarse, que un grupo de hombres opulentos tan considerable podría hacer todo lo que quisiese.

Y, sin embargo, lo dudo; su propia creación, ese comercio del que esta tan orgulloso, se ha convertido en su amo; y todo lo que nosotros, las clases acomodadas —algunos con júbilo triunfante; otros con satisfacción estúpida, y algunos con tristeza de corazón—, estamos obligados a admitir es que el comercio no fue hecho para el hombre sino que el hombre fue hecho para el comercio.

Por todas partes estamos obligados a admitirlo. En la clase media inglesa actual, por ejemplo, se encuentran hombres de altas aspiraciones artísticas y de voluntad decidida, hombres que están profundamente convencidos de la necesidad de que la civilización rodee de belleza las vidas humanas; y muchos hombres de menor importancia, miles de ellos, me consta, refinados y cultivados, les siguen y alaban sus opiniones; pero tanto los dirigentes como los dirigidos son incapaces de salvar ni siquiera a media docena de hombres del pueblo de las garras del comercio inexorable; se hallan tan indefensos, pese a su cultura y a su talento, como si fueran todos ellos simples zapateros sobrecargados de trabajo; menos afortunados que el rey Midas, nuestros verdes campos y nuestras aguas claras e incluso el mismo aire que respiramos, se han convertido, no en oro (lo cual tal vez nos hubiera gustado a algunos durante cierto tiempo), sino en polvo; y, para hablar sin tapujos, sabemos con toda certeza que no es solo que bajo este evangelio actual del capital no haya esperanza alguna de mejora, sino que las cosas empeoran de año en año, de día en día. Comamos y bebamos, que mañana moriremos sofocados por la suciedad.

Dejadme que os ofrezca un ejemplo directo de la esclavitud del comercio competitivo en que vivimos nosotros, desventurados miembros de la clase media. Os he exhortado a dejar a un lado los lujos, a que os desnudéis de estorbos innecesarios, a la simplificación de la vida, y creo que estaréis totalmente de acuerdo conmigo en ello. Bien, he pensado muchas veces que una de las circunstancias más hirientes que se engarzan en nuestro

sistema de clases actual es la relación que existe entre nosotros, los ricos, y nuestros criados; nosotros y nuestros criados vivimos juntos bajo el mismo techo, pero somos casi totalmente extraños los unos a los otros, pese a la afabilidad y buenos sentimientos que a menudo existen por ambas partes; no, extraños es una palabra suave; aunque seamos de la misma sangre y estemos ligados por las mismas leyes, vivimos juntos como personas de tribus diferentes. Ahora pensad en las consecuencias que ello tiene en el trabajo doméstico ordinario de cada día en un hogar y en si cabe la posibilidad de simplificar nuestras vidas mientras tal sistema perdure. Para no ir más lejos, las que seáis amas de casa sabéis muy bien (como me ocurre a mí, puesto que he aprendido el arte útil de hacer la comida) en qué manera se simplificaría el trabajo diario si las comidas más importantes pudieran tomarse en común; si no existiera doble comida, una en el piso principal y otra debajo. Y, evidentemente, nosotros, que pertenecemos a un siglo amante de la educación, no podemos ignorar el valor educativo que tendría para los miembros menos refinados de un hogar reunirse con los más refinados, una vez al día por lo menos; observar los modales elegantes de las señoras bien educadas, participar en la conversación de hombres de cultura y de viajes, de hombres de acción y de imaginación; creedme que aventajaría en mucho a la enseñanza primaria.

Más aun, este asunto se relaciona con nuestro tema del arte: porque observad, como muestras de esa estupidez de nuestra civilización de pacotilla, que nuestros hogares acomodados están obligados a ser estúpidas madrigueras de conejos en vez de estar planeados según el antiguo sistema racional utilizado desde la época de Homero hasta pasados los tiempos de Chauces; una gran sala, digamos, y unas cuantas habitaciones unidas a ella para dormir o en las que encerrarse. No es extraño que nuestras casas sean complicadas e innobles, porque las vidas que en ellas se viven son también complicadas e innobles

En ese caso, ¿por qué los que hemos pensado en ello, pues estoy seguro de que muchos de nosotros lo hemos hecho, no cambiamos esta costumbre mezquina y vulgar, simplificando nuestras vidas con ello y educando a nuestros amigos, a cuyos esfuerzos debemos tantas comodidades? ¿Por qué vosotros —y yo— no os ponéis a hacerlo mañana mismo?

Porque no podemos; porque nuestros siervos no lo aceptarían, sabiendo, como sabemos nosotros, que ambas partes serían, con ello, más desgraciadas. ¡La civilización del siglo XIX prohíbe compartir el refinamiento de un hogar a sus miembros! Así que, ya lo veis, si nosotros, la clase media pertenecemos a un pueblo poderoso —lo cual, en buena fe, es cierto—, no hacemos más que representar un papel que ya se ha interpretado muchas veces en la historia mundial; somos grandes, pero desdichados; somos gente importante y digna, pero moralmente aburrida; hemos comprado nuestro poder al precio de nuestra libertad y de nuestro placer. De modo que, en respuesta a la pregunta de si podemos alejar de nosotros los lujos y vivir vidas sencillas y decentes, digo que solo podremos cuanto estemos libres de la esclavitud del comercio competitivo; antes no.

Con certeza algunos de vosotros deseáis ser libres, habéis sido educados y sois refinados, y vivificasteis vuestra percepción de la belleza y del orden solo para que pudiera ser sacudida y lesionada en todo momento por la brutalidad del comercio competitivo; habéis sido tan perseguidos y acosados por él que, aunque gocéis de buena posición, incluso aunque quizás seáis ricos, no tenéis ahora nada que perder de la revolución social; el amor al arte, es decir, al placer auténtico de la vida, os ha llevado a tal punto que debéis compartir vuestra suerte con la de los esclavos asalariados del comercio competitivo; vosotros y ellos debéis ayudaros los unos a los otros, y tener una esperanza en común; de lo contrario, vosotros, en cualquier caso, viviréis y moriréis sin esperanza y sin ayuda. A vosotros, que

deseáis ser liberados de la opresión de los buscones del dinero, os digo: ¡Esperad el día en que seréis obligados a ser libres!

Mientras tanto, si por otro lado esa opresión apenas nos ha dejado algún trabajo que valga la pena hacer, una cosa al menos queda por la que luchar; la elevación del nivel de vida en aquellos casos en que se encuentra en su punto más bajo o en un punto bajo; eso pondrá alguna traba al comercio competitivo triunfante. Y no puedo concebir nada que tenga más probabilidades de elevar el nivel de vida que la labor de convencer a algunos millares de personas que viven de su esfuerzo, de la necesidad que tienen de apoyar la segunda parte de la reivindicación que he hecho en nombre del trabajo, es decir, que el trabajo sea agradable de por sí. Si pudiéramos simplemente convencerles de que esa extraña revolución del trabajo sería de beneficios infinitos no solo para ellos, sino para todos los hombres, de que es tan perfectamente justo y natural que lo contrario, es decir, que la mayor parte del trabajo humano resulte penoso, es una mera monstruosidad de estos últimos tiempos, que debe, a largo plazo, acarrear ruina y confusión a la sociedad que lo permite; si tan solo pudiéramos convencerles, en ese caso, en efecto, existiría la oportunidad de que la frase *arte del pueblo* fuera algo más que meras palabras.

A primera vista, sin duda alguna, podrá parecer imposible conseguir que hombres nacidos bajo el actual sistema del comercio entiendan que el trabajo pueda ser para ellos una bendición; no en el sentido con que a veces les predicán esa idea aquellos cuyo trabajo es ligero y de fácil evasión; tampoco como una tarea necesaria que la naturaleza impone a los pobres en beneficio de los ricos; tampoco solo como un opio que atonta su sentido del bien y del mal, que les haga estar sentados, sin protestar, bajo sus cargas, hasta el fin del tiempo, bendiciendo al señor y a su familia: podrían entender con bastante facilidad todas estas cosas, y algunas veces las escucharían con cierta muestra de complacencia, al menos en caso de pensar que pu-

dieran sacar algo de nosotros con ello. Pero la doctrina auténtica de que el trabajo debe ser una bendición real y tangible, en sí misma, para el trabajador, un placer incluso como ahora lo son el sueño y las bebidas fuertes, podrá parecer muy difícil de entender, siendo, como es, tan diferente de todo lo que han encontrado que es el trabajo

Sin embargo, aunque la mayor parte del trabajo humano se soporta solamente como se soporta un mal necesario (la enfermedad, por ejemplo, mi experiencia al respecto es que, bien sea debido a un cierto carácter sagrado del trabajo manual que se injerta en él, incluso bajo las peores circunstancias, o bien porque el pobre, llevado por la necesidad a tratar de cosas terriblemente reales, cuando piensa —si es que lo hace— en tales asuntos lo hace menos convencionalmente que los ricos; sea lo que fuere, mi experiencia al respecto es que el trabajador encuentra más fácil de entender la doctrina de la reivindicación del placer en el trabajo que puedan encontrarlo los ricos o los de clase acomodada.

Dejando aparte cualquier palabra trivial que pueda añadir, me ha sorprendido encontrar, por ejemplo, en públicos de la clase trabajadora una admiración tan apasionada hacia John Rankin; pueden verlo como profeta, más que como el retórico fantástico que descubren en él los públicos de mayor finura. Es esto un buen augurio, me parece, de la educación de los tiempos venideros. Pero nosotros, a veces tan teñidos de cinismo, debido a nuestro desamparo en el mundo repugnante que nos rodea y nos oprime, ¿no podemos acaso levantar nuestras propias esperanzas, de algún modo, hasta el punto de pensar que la esperanza que pueda aun brillar en los millones de esclavos del comercio es algo mejor que una mera ilusión, que una falsa aurora de una noche encapotada contra la que solo lucha la luna?

Recordemos que aún quedan en el mundo monumentos que nos muestran que no siempre fue todo el trabajo humano un pesar y una carga para los hombres. Pensemos en la hermosa y señorial

arquitectura, por ejemplo, de la Europa medieval: en los edificios levantados antes de que el comercio hubiera puesto la piedra cimera del edificio de la tiranía al descubrir que la fantasía, la imaginación, el sentimiento, la alegría de la creación y la esperanza de un renombre justo son mercancías demasiado preciosas para que puedan comprarlas hombres sin dinero, simples artesanos y jornaleros. Recordemos que hubo un tiempo en que los hombres hallaban un placer en su trabajo diario, pero, sin embargo, respecto a otros asuntos ansiaban la luz y la libertad incluso tanto como ahora se desean: su tenue esperanza se hacía cada vez más brillante y veían que se iba acercando de día en día su realización aparente, y la contemplaban con tanta ansiedad que no se dieron cuenta de que el enemigo que siempre acecha, la opresión, había cambiado de forma y les estaba robando lo que ya habían conseguido en aquellos días en que la luz de su nueva esperanza no era sino débil destello; de este modo perdieron su vieja ganancia, y a falta de ella, esa nueva ganancia les fue cambiada y desperdiciada y se convirtió en algo que no era mucho mejor que lo que habían perdido

Entre los días que ahora transcurren y el final de la Edad Media, Europa ha ganado libertad de pensamiento, aumento de conocimientos y gran talento para tratar con las fuerzas materiales de la naturaleza; junto con todo ello, una relativa libertad política y un respeto hacia las vidas de los hombres civilizados, y otros logros que acompañan a todo ello; sin embargo, digo deliberadamente que si la situación actual de la sociedad continúa, ella ha comprado esas ganancias a un precio demasiado alto; la pérdida del placer del trabajo diario que en otro tiempo proporcionó auténtico solaz en los temores y opresiones de una masa de hombres: la muerte del arte fue un precio demasiado alto que tuvimos que pagar a cambio de la prosperidad material de las clases medias

Doloroso fue, ciertamente, que no pudiéramos mantener nuestras manos llenas, que nos viéramos obligados a derramar con

una mientras recogíamos con la otra; sin embargo, en mi opinión, aun es más grave ser inconscientes de la pérdida o, siendo escasamente conscientes de ella, tener que forzarnos a olvidarla y a proclamar en alta voz que todo va bien. Porque, aunque todo no vaya bien, sé que la naturaleza humana no ha cambiado tanto en tres siglos que nos permita decir a todos los milenios que les precedieron: "Os equivocasteis al amar el arte; ahora hemos descubierto que lo que todos los hombres necesitan es alimentos, ropas y cobijo, y un barniz de conocimientos sobre la forma material del universo. La creación no es ya una necesidad del alma humana; la mano derecha bien puede olvidar su instinto; el hombre no empeorara por ello

Trescientos años, un día en el transcurso del tiempo, no han cambiado la naturaleza del hombre irremisiblemente, podéis estar seguros; un día recobramos el arte, es decir, el placer de la vida; devolveremos el arte a nuestro trabajo diario: ¿Dónde está, pues, la esperanza?, "nos podéis decir, "Mostrádnosla".

La esperanza se encuentra precisamente en el mismo lugar en que la esperanza antigua nos defraudó. Abandonamos el arte por lo que creíamos ser luz y libertad, pero lo que compramos no fue, ni mucho menos, luz ni libertad: la luz mostró muchas cosas a que los de clase acomodada que se tomaron la molestia de buscarlas; la libertad dio a la clase media muchas posibilidades, si se preocupaban de utilizar esa libertad; pero estos eran, en el mejor de los casos, pocos; a la mayoría de los hombres la luz les mostró que ya no necesitaban andar en busca de una esperanza y que la libertad había otorgado a la mayoría de los hombres la libertad de aceptar, con un sueldo miserable, el trabajo de esclavos que se hallara más cercano o, por el contrario, verse obligados a morir de hambre.

Ahí está nuestra esperanza, os digo. Si el trato hubiera sido realmente justo, totalmente completo, entonces lo único que se podría hacer es enterrar el arte y olvidar la belleza de la vida; pero ahora la causa del arte puede apelar a algo más: nada me-

nos que a la esperanza que la gente tiene en la vida feliz que aún no se les ha concedido. Ahí está nuestra esperanza: la causa del arte es la causa del pueblo

Pensad en un momento histórico, ¡y vuestra esperanza despertará! Hubo un tiempo en que el poder de Roma abarcaba, en abrazo envenenado, todo el mundo de la civilización. Todos los hombres —incluso los mejores, podéis ver en los mismos evangelios— pensaban que ese imperio estaba llamado a durar eternamente: los que en él vivían no podían imaginar que existiera en el mundo, fuera de él, nada digno de consideración; pero los días pasaron, y aunque nadie advirtiera los presagios del cambio que se avecinaba, el cambio, sin embargo, llegó, como llega un ladrón en la noche, y los bárbaros, ese mundo que se extendía fuera del dominio de Roma, cayeron sobre ella; y los hombres, ciegos de terror, lamentaron el cambio y consideraron que el mundo había sido destrozado por la furia del Norte.

Pero incluso esa furia trajo consigo ciertas cosas totalmente extrañas a Roma y que en otro tiempo habían sido el alimento que nutriera sus glorias: odio a la mentira, desprecio a las riquezas, menosprecio hacia la muerte, fe en la reputación honrada obtenida por el esfuerzo tenaz, amor honorable hacia las mujeres...., todas esas cosas trajo consigo la furia del Norte, como el torrente de la montaña transporta el oro, y así Roma se hundió y surgió Europa y la esperanza del mundo renació

Para un espíritu sensible, esta historia del pasado servirá de parábola de los días que han de venir, del cambio que se nos avecina, ahora oculto en el seno de los bárbaros de la civilización, del proletariado; y a nosotros, las clases medias, sostén del sistema poderoso y monstruoso del comercio competitivo, atañe limpiar nuestras almas de avaricia y de cobardía y enfrentarnos con ese cambio que, otra vez, está en el camino; comprender la bondad y la esperanza que trae consigo, pese a todas las amenazas de violencia, pese a toda esa repugnancia, que no

engendró él, sino que fue engendrado por el mismo sistema que está llamado a destruir.

Quiero decir, una vez más, que la mejor esperanza que tenemos nosotros, las personas acomodadas, los que amamos el arte, no como un juguete, sino como algo necesario para la vida del hombre, como muestra de su libertad y de su felicidad, es la de elevar el nivel de vida del pueblo; o, en otras palabras, conseguir la reivindicación que planteo en nombre del trabajo y que ahora expondré de modo diferente, para que intentemos ver cuál es el obstáculo mayor que nos impide hacer que esa reivindicación se cumpla y cuáles son los enemigos que debemos atacar. Así que voy a exponer de nuevo esa reivindicación:

El trabajo humano no deberá producir nada que no valga la pena, y ese trabajo no deberá ser degradante para los trabajadores.

Por sencilla que parezca esta proposición, y creo que os debe parecer tan cierta como me parece a mí, al meditar sobre este asunto veréis que es una amenaza de muerte directa contra el sistema actual de trabajo de los países civilizados. Este sistema, que he llamado comercio competitivo, es claramente un sistema de guerra; es decir, de despilfarro y de destrucción; o, si queréis, un juego de tahúres, cuyas reglas son que todo lo que un hombre puede ganar bajo ese sistema lo gana a costa de lo que otro pierde. Tal sistema no presta atención —ni puede prestarla— al problema de si vale o no la pena fabricar ciertos objetos; ni le preocupa una cosa, y una cosa sola, es decir, lo que llama obtener un beneficio, palabra que ha llegado a ser usada tan convencionalmente que debo explicaros lo que realmente significa, y es esto: ¡el despojo del débil por el fuerte! Y quiero añadir que este sistema es, por su propia naturaleza, destructor del arte, es decir, destructor de la felicidad de la vida. Toda consideración que pueda existir por la vida del pueblo en la actualidad, todo lo que se haga que tenga algún valor, se hace pese al sistema y en contra de sus máximas; y es muy

cierto que todos nosotros, al menos tácitamente, admitimos que se opone a las aspiraciones más altas de la humanidad.

¿Es que acaso no sabemos cómo trabajan esos hombres de talento que son la sal de la tierra, sin los cuales la corrupción de la sociedad hace ya tiempo hubiera llegado a hacerse insopor- table? Los poetas, los artistas, los científicos, ¿no es cierto que en sus días jóvenes y gloriosos, cuando alcanzan el cenit de su fe y de su entusiasmo, se ven constantemente frustrados por la guerra comercial con su irónica pregunta: "¿Dará dinero?". ¿No es cierto que cuando comienzan a obtener éxito mundial, cuando se hacen relativamente ricos, pese a nosotros, nos aparecen como tiznados por sus corrompidos contactos con el mundo comercial?

¿Necesito hablaros de los grandes proyectos arrinconados, de cosas cuya ejecución es tremendamente necesaria —así lo confiesan todos los hombres—, pero que nadie puede decididamente poner en marcha debido a la falta de dinero? Por el contrario, si se trata de crear o de estimular algún capricho vano en la mente del público, y si para satisfacerlo se obtiene algún beneficio, el dinero lloverá a toneladas.

Y aún hay más: bien sabéis que es muy vieja la historia de las guerras que engendra el comercio en búsqueda de nuevos mercados, que ni los estadistas más pacíficos pueden resistir; es una vieja historia, pero parece eternamente nueva, y ahora se ha convertido en una especie de broma siniestra, de la cual, si pudiera evitarlo, no reiría, y sin embargo, me veo obligado a hacerlo desde mi alma repleta de ira,

Pues bien, ¿qué ha hecho por nosotros todo ese dominio sobre los poderes de la naturaleza que hemos conseguido en los últimos cien años, o en menos tiempo aun, bajo el sistema actual? En opinión de John Stuart Mil, era dudoso que todos los inventos mecánicos de la época moderna hubieran hecho algo para aligerar la carga del trabajo; y tened la certeza de que no fueron

hechos con aquel objetivo, sino con el de obtener un beneficio. Esas máquinas casi milagrosas que, de haber sido tratadas con previsión ordenada, pudieran ahora ya estar extinguiendo a pasos agigantados todo el trabajo fastidioso e insensato, dándonos la libertad de elevar en nuestros trabajadores el nivel de habilidad manual y de energía de mente y producir de nuevo la belleza y el orden, que solo pueden producir manos humanas guiadas por su espíritu, ¿Qué es lo que en realidad han hecho por nosotros? El mundo civilizado está muy orgulloso de sus máquinas, sí, pero, ¿Tiene algún derecho a estar orgulloso del uso a que han sido destinadas por la guerra y el despilfarro comercial?

Me parece que no existe en ello motivo de júbilo: la guerra comercial ha obtenido un beneficio de estas maravillas; es decir, por sus medios ha engendrado millones de trabajadores infelices, máquinas sin inteligencia en lo que respecta a su trabajo diario, para obtener mano de obra barata, para mantener su juego apasionante, pero asesino, eternamente. Y es cierto que esa mano de obra hubiera sido tremendamente barata —barata para los generales de la guerra comercial, y mortalmente cara para el resto de nosotros— a no ser por las semillas de libertad que unos hombres valientes sembraron hace algún tiempo entre nosotros y que están brotando en nuestros propios días en forma de cartismo, sindicalismo y socialismo, en defensa del orden y de una vida decente. Nuestra propia esclavitud hubiera sido terrible —no solo la de las clases trabajadoras— a no ser por esos gérmenes del cambio que debe acontecer incluso tal como están las cosas, mediante ese amontonamiento de los obreros de las máquinas y de sus acólitos en las grandes ciudades y en los distritos industriales, ha mantenido nuestras vidas por los suelos y las mantiene por los suelos, a un nivel de vida miserablemente bajo; tan bajo, que cualquier plan de mejora llega a ser difícil de imaginar.

Por los medios de comunicación rápidos que ha creado, y que debieran haber elevado el nivel de vida al esparcir el conocimiento desde las ciudades al campo y al crear en todas partes centros modestos de libertad de pensamiento y de hábitos culturales, por el ferrocarril y lo que se le parezca, ha enganchado nuevos reclutas al ejército de reserva de competidores indigentes, del cual dependen en gran manera las ganancias de la especulación, desnudando al campo de su población y extinguiendo toda esperanza razonable y toda vida en las ciudades pequeñas.

Como artista, no puedo dejar de pensar, ni relegar a un último término, en las consecuencias externas que nos ha acarreado este gobierno de la anarquía miserable que es la guerra comercial. Pensad en la ulcera de Londres, que se agranda, que devora de modo repugnante campos y bosques y brezales, despiadada y desesperadamente, burlándose de nuestros débiles esfuerzos para atajar algunos de sus males menores, y los cielos cargados de humos, los ríos infectos; pensad en el horror sombrío y en la indiferente suciedad de nuestros distritos industriales, tan terrible para los sentidos desacostumbrados a ello que llega a ser siniestro para el futuro de la raza el que haya hombres que puedan vivir sumidos en ella y manteniendo el buen humor; aun hay más; pensad en el mismo campo abierto en el que, para sustituirlas por miserables edificios de ladrillo y pizarra construidos apresuradamente, se echan a un lado esas viviendas sólidas y grises que aún se encuentran esparcidas a nuestro alrededor, emblemas apropiados, debido a su sencillez alegre y bella, de los campesinos libres del campo inglés, cuya destrucción a manos de la entonces joven guerra comercial lamentaron tan conmovedoramente el magnánimo More y el valeroso Lattimer.

Por todas partes, en resumen, un cambio de lo viejo a lo nuevo implica, aun dudando de todo lo demás, una certeza: el empeoramiento del aspecto del país. Esta es la situación de Inglaterra: si, de Inglaterra, país del orden, de la paz y de la estabilidad,

país del sentido común y del pragmatismo, país al que se dirigen las miradas de todos aquellos que esperan que el progreso moderno continúe y se perfeccione. Hay países europeos cuyo aspecto exterior no está tan arruinado, aunque tengan tal vez menos prosperidad material, aunque la riqueza de la clase media este menos extendida para así equilibrar la miseria y la desgracia que antes mencioné; pero si esos países son miembros del gran complot comercial tendrán que pasar por la misma puerta, a no ser que ocurra algo que detenga la marcha triunfal de la guerra comercial antes de que llegue a su fin.

Eso es lo que nos han legado tres siglos de comercio, la esperanza que surgió cuando el feudalismo comenzaba a hacerse pedazos. ¿Que podrá darnos el amanecer de una nueva esperanza? ¿Acaso podrá ser algo distinto a una revuelta general contra la tiranía de la guerra comercial? Los paliativos de que muchas personas de valor se ocupan son, en estos momentos, completamente inútiles, porque tan solo son revueltas parciales, desorganizadas, contra una organización vasta, insaciable, que recibirá todo intento de mejorar la condición de la vida de la gente con un nuevo ataque; nuevas máquinas, nuevos mercados, emigración masiva, renacimiento de supersticiones rastroeras, prédica del ahorro a gentes que carecen de todo, de templanza a los miserables; cosas de este tipo frustraran en toda ocasión las revueltas parciales contra ese monstruo que nosotros, las clases medias, hemos creado para nuestra propia destrucción.

Hablaré con toda claridad de este asunto, aunque deba decir al final algo desagradable, si he de confesar todo lo que pienso. Lo único que debemos hacer es que todo el mundo piensa en todo momento en que es posible elevar el nivel de vida. Si os fijáis en ello veréis claramente que equivale a promover el descontento general.

Y ahora, para demostrar que vuelvo a mi reivindicación en favor del arte y del trabajo, para que pueda ocuparme de la tercera demanda, he aquí de nuevo la reivindicación completa:

Es justo y necesario que todos los hombres trabajen en algo:

1º El trabajo debe valer la pena

2º Debe ser agradable en sí mismo

3º Debe hacerse en tales condiciones que no resulte ni excesivamente fastidioso ni excesivamente angustioso

Yo he procurado referirme a las dos primeras cláusulas, que están muy relacionadas entre sí. Son, pudiéramos decir, el alma de la reivindicación de un trabajo justo; la tercera cláusula es su cuerpo, sin el cual el alma no pueda existir. Así que voy a exponerla de esta forma y ella nos llevara a un terreno que en parte ya hemos cubierto.

Ninguna persona con ganas de trabajar deberá temer nunca la falta de empleo que cubra todas sus necesidades básicas de mente y de cuerpo.

"Todas las necesidades básicas", ¿y cuáles son esas necesidades básicas para todo buen ciudadano? En primer lugar, un trabajo decoroso y digno, lo cual implicaría dar la oportunidad de capacitarse para el trabajo mediante la educación debida; también, y ya que el trabajo debe ser digno de efectuarse y debe ser agradable, nos daremos cuenta de que para lograr este objetivo es necesario que la posición laboral este de tal modo asegurada que no se pueda obligar a un hombre a efectuar trabajos inútiles o trabajos en que no pueda hallar placer.

La segunda necesidad es que exista un ambiente decente, lo que implica:

- a) Buenas viviendas
- b) amplio espacio
- c) orden y belleza general

Es decir:

a) nuestras casas deben estar bien construidas, deben ser limpias y saludables

b) debe existir abundante espacio verde en nuestras ciudades, y nuestras ciudades no deben devorar los campos y el aspecto natural del campo; más aún, pido incluso que se dejen espacios abiertos y tierras vírgenes salvajes; de lo contrario, el encanto y la poesía —es decir, el arte—, morirán entre nosotros;

c) orden y belleza significan no solo que nuestras casas deben estar construidas de modo duradero y con propiedad, sino que deben también estar bien decoradas; que los campos que se dediquen al cultivo no se estropeen más de lo que se pueda estropear un jardín; por ejemplo, no se permitirá que nadie pueda talar, por mero beneficio personal, árboles cuya pérdida perjudique un paisaje ni bajo ningún pretexto podrá nadie oscurecer la luz del día con humos, emponzoñar los ríos o degradar ningún lugar de la tierra con desperdicio inmundos o con ese desorden brutal y despilfarrador.

La tercera necesidad es tiempo libre. Comprenderéis que al utilizar esa expresión entiendo, en primer lugar, que todos los hombres deberán trabajar durante una parte del día y, en segundo lugar, que tienen el derecho positivo a exigir un descanso después de ese trabajo; el tiempo libre que tienen derecho a exigir debe ser lo bastante extenso para que les permita un descanso completo de la mente y del cuerpo; todo hombre debe tener tiempo para el pensamiento intelectual profundo, para la imaginación (incluso para soñar), o la raza humana, por el contrario, inevitablemente empeorara. Incluso respecto a ese trabajo decoroso y digno al que me he referido, que es la misma gloria, si está totalmente separado del trabajo forzado del sistema capitalista, no se le debe exigir a un hombre más de lo que en justicia le corresponda; si no, los hombres se desarrolla-

rán desigualmente y seguirá habiendo en la sociedad algo corrompido.

Os he expuesto, pues, las condiciones bajo las cuales se puede realizar un trabajo que valga la pena y que no sea degradante: no se puede realizar bajo ninguna otra condición, y si el trabajo global del mundo no vale la pena y a la vez es degradante, será un contrasentido hablar de civilización.

Ahora bien, ¿pueden alcanzarse estas condiciones bajo el evangelio actual del capitalismo, cuyo lema es "salvarse quien pueda"?

Consideremos nuestra reivindicación de nuevo, expuesta en otras palabras:

En un estado social debidamente ordenado, todo hombre con ganas de trabajar deberá tener asegurados:

1° Un trabajo decoroso y digno

2° Una vivienda saludable y bella

3° Tiempo libre, disponible para el descanso de la mente y del cuerpo

Ahora bien, supongo que ninguno de los aquí presentes negará que sería deseable conseguir esta reivindicación; pero quiero que todos penséis que es necesario que se logre, que, mientras no hagamos todo lo posible para conseguirlo, seremos tan solo la parte esencial de una sociedad fundada en el robo y en la injusticia, condenada por las leyes del universo a destruirse a sí misma mediante sus propios esfuerzos para pervivir eternamente. Más aun, quiero que penséis que, si por una parte es posible lograr esta reivindicación, por otra es imposible lograrla bajo el sistema plutocrático actual, que nos prohibirá incluso todo intento serio de lograrlo: el comienzo de la revolución social debe ser el cimiento de la reconstrucción del arte del pueblo, es decir, del placer de la vida.

Debo decir ahora ciertas frases desagradables. ¿Sabemos que la mayor parte de los hombres de las sociedades civilizadas, son sucios, ignorantes, brutales, o en el mejor de los casos, ávidos del sustento de la semana que viene, que son, en pocas palabras, pobres? Y al pensar en su situación, bien sabemos que es injusta.

Dice un cuento viejo que aquellos hombres que se labran una fortuna por medios deshonorados y tiránicos, derrochan con liberalidad y en obras caritativas —como ellos dicen— sus ganancias mal obtenidas; pero el cuento no alaba a tales personas, sino que, por el contrario, cree que, pese a todo, el diablo los atrapa. Es una historia vieja, sí, pero yo os digo: "De que fabula". ¡De ti habla esa historia, tú eres el protagonista!

En mi opinión, las clases ricas y acomodadas estamos actuando diariamente del mismo modo: inconsciente o semiinconscientemente tal vez, amontonamos riquezas comerciando con las imperiosas necesidades de nuestros semejantes, y luego arrojamos unas monedas a aquellos que, de una u otra forma, nos chillan con más fuerza. Nuestras leyes de pobres, nuestras obras de caridad, organizadas y desorganizadas, no son más que débiles barreras para atajar un torrente, mero chantaje pagado a una injusticia renqueante, para que no pueda darnos alcance.

¿Cuándo llegara el día en que los hombres honrados y con claridad de ideas se hartan de todo este caos de desperdicio, de este sistema que roba a Pedro para dárselo a Pablo, que es la esencia misma de la guerra comercial? ¿Cuándo nos uniremos todos para sustituir este sistema, cuyo lema es "Sálvese quien pueda", por otro sistema cuyo lema sea, realmente y sin ningún calificativo: "Todos para uno y uno para todos"?

¿Quién sabe? Tal vez ese día se avecine, pero, ¿Veremos nosotros, los que ahora vivimos, el comienzo de ese final que extinguirá el lujo y la pobreza, que fusionara las clases alta, media y

baja en una sola clase, que vivirá alegremente una vida sencilla y feliz?

Muy larga resulta esa frase para describir el estado de cosas que os pido me ayudéis a conseguir: "la abolición de la esclavitud es una frase más corta y significa lo mismo. Tal vez, por una parte, podáis estar tentados de pensar que no vale la pena luchar por ese objetivo; o que, por otra, supongáis todos vosotros que ese objetivo se halla a tanta distancia que no se puede hacer nada importante para conseguirlo en nuestros días y que, por esa misma razón, bien puede uno cruzarse de brazos y no hacer nada.

Permitidme que os recuerde que, hace muy poco tiempo, muchos miles de hombres de nuestra misma condición dieron sus vidas en el campo de batalla para que concluyera felizmente un solo episodio en la lucha por la abolición de la esclavitud: son ellos hombres admirados y felices, porque les llegó su oportunidad, la aprovecharon e hicieron todo lo que pudieron, y el mundo se ha enriquecido con ello. Ahora bien, si se nos ofrece una oportunidad semejante, ¿La echaremos de lado para poder descansar con tranquilidad, mientras la duda, la enfermedad oprimen nuestra alma? Estos son días de combate: ¿Quién podrá dudarle, si a nuestro alrededor se escuchan sonidos que presagian el descontento, la esperanza y el temor por doquier, sonidos del valor que despierta y de la conciencia que resurge? Estos, os digo, son días de combate, en los que no hay posibilidad de paz externa para un hombre honrado; en los que, por esa misma razón, es más fácil conseguir la paz interna de una buena conciencia fundada en convicciones seguras, puesto que se nos está ofreciendo acción en defensa de la causa.

O bien, ¿diréis acaso que en este país de Inglaterra, tranquilo y gobernado constitucionalmente, no se nos ofrece ninguna oportunidad de acción? Si estuviéramos en la amordazada Austria, en Rusia, donde un par de palabras te pueden hacer aterrizar en

Siberia o en la prisión y fortaleza de Pedro y Pablo...., claro, entonces con toda certeza...

¡Ay amigos míos! ¡Qué ofrenda más pobre podemos presentar ante las tumbas de los mártires de la libertad, si rehusamos tomar la antorcha de sus manos desfallecientes! ¿No fue acaso Goethe quien, al oír que alguien se iba a América a iniciar una nueva vida, le replicó: "América está aquí o no está en ninguna parte"? Del mismo modo yo os digo: "Aquí esta Rusia, o no está en ningún lado".

Decir que las clases gobernantes inglesas no se asustan de la libertad de expresión y que, por lo tanto, debemos abstenernos de hablar con libertad me suena a extraña paradoja. Ahondemos, por el contrario, esa brecha que nos abrieron hombres valientes; si nos echamos atrás, haremos que sus esfuerzos, sus sufrimientos, sus muertes, no tengan ningún valor.

Creedme, nos mostrarán que se trata de todo o de nada. ¿O acaso alguno de los aquí presentes querrá argüir que un mujik ruso se halla en una situación peor que la del sudoroso esclavo asalariado de la confección? No nos engañemos: la clase de las víctimas existe tanto aquí como en Rusia. Pero, ¿existen menos aquí? Quizás; pero en ese caso se encuentran más indefensas y por ello tienen más necesidad de nuestra ayuda.

¿Y cómo podemos nosotros, las clases medias, nosotros, capitalistas y parásitos, ayudarles? Renunciando a nuestra clase, y siempre que exista un antagonismo entre las clases, poniéndonos al lado de las víctimas: al lado de los condenados a la falta de educación, de refinamiento, de placer y de reputación, en el mejor de los casos y en el peor, a una vida inferior a la de los salvajes más brutales, para que el sistema del comercio competitivo prevalezca.

No hay otro camino; y este, os lo digo sin tapujos, nos dará, a largo plazo, múltiples ocasiones de sacrificio personal, sin que para ello tengamos que ir a Rusia. Tengo la plena seguridad de

que el auditorio, aquí hay gente que se siente llena de descontento hacia la anarquía miserable de este siglo del comercio; yo les ofrezco un medio de renunciar a su clase apoyando la propaganda socialista, alistándose a la Federación Democrática, que tengo el honor de representar ante vosotros y que me parece ser la única en este país que presenta como programa un socialismo constructivo.

Esta es mi opinión, una buena oportunidad para aquellos que estamos descontentos con el estado actual de las cosas y deseamos una oportunidad de renunciar a él; y es muy cierto que al aceptar esa oportunidad tendréis que sufrir, desde ese momento, algunos de los inconvenientes del martirio, sin obtener al mismo tiempo su dignidad. Al menos se burlaran y se reirán de vosotros esas personas cuya burla es muestra de honor para un hombre honrado; pero también, no lo dudo, os mirarán con frialdad muchas personas excelentes, y no todas ellas serán completamente estúpidas. Correréis el riesgo de perder vuestra posición, vuestra reputación, vuestra fortuna, vuestros amigos incluso: pérdidas que, en realidad, no son sino pellizcos comparados con el martirio genuino del que os he hablado; pero que, sin embargo, revelan de qué pasta está hecho un hombre, tanto más cuanto que es muy fácil escapar de ello sin ningún otro reproche de cobardía que el que vuestra conciencia os dicte.

Claro que tampoco puedo aseguraros que salgáis siempre impunes de los ataques de la tiranía abierta. Es cierto que en la actualidad la sociedad capitalista mira al socialismo en Inglaterra con sarcasmo. Pero recordad que ese grupo de personas que, por ejemplo, han devastado la India, han matado de hambre y han amordazado a Irlanda, han torturado a Egipto, tiene capacidad —últimamente ha mostrado síntomas de mal agüero— de representar abiertamente el papel de tirano no tan lejos de casa.

Así que, lo miremos por donde lo miremos, la posición que os ofrezco implica sacrificio: esa posición os daría vuestra "América" en casa y os daría la seguridad interna de que, al menos, sois de alguna utilidad para la causa; y por ello, a quienes estéis convencidos de la justicia de nuestra causa, os pido no titubeéis en participar activamente en la lucha que —con ayuda de quien sea, con oposición de quien sea—, debe, sin duda, culminar por fin ¡En la victoria! ■

* **William Morris** (Walthamstow, Londres, 1834 - Londres, 1896)

Escritor, reformador social, diseñador y artista inglés que a través de su obra literaria, teórica y artística intentó la renovación de la cultura recuperando el espíritu de las artes y oficios medievales. Como diseñador y artesano, su obra ejercería gran influencia en el diseño de libros, en el arte de la impresión, en las artes visuales y en el diseño industrial del siglo XIX. Su ideario social, de signo utopista, quedó recogido en escritos teóricos y en novelas como *Noticias de ninguna parte* (1890).

Hijo de un comerciante que se había enriquecido en la industria mecánica apenas introducida en la Inglaterra victoriana, y combatida siempre por el mismo Morris, que la consideraba causa de las inhumanas condiciones de vida de los obreros, realizó sus estudios en Oxford, tras una tranquila infancia pasada entre bosques y prados y una severa adolescencia en el colegio.

En 1885 fundó la Liga Socialista y dirigió un diario de la misma, *The Commonweal*; pero, poco a poco, se convenció de que su buena fe era incompatible con la vida política. Abandonó entonces la Liga, apoyándola, sin embargo, románticamente hasta su muerte. De estos años son sus trabajos de tema social: dos novelas (una de ellas utópica, *Noticias de ninguna parte*) y

los *Chants for Socialists*, que son una historia del socialismo. Pero su actividad fue absorbida más tarde por la Kelmscott Press, un taller para la impresión y encuadernación de libros a mano que había fundado en el año 1890, y que constituyó una de sus realizaciones más logradas e importantes. Amó ese trabajo más que cualquier otro, y lo atendió, ya pobre, hasta su vejez; todavía en su lecho de muerte le llevaban pruebas de imprenta para corregir.

Fuente: **Biografías y Vidas**